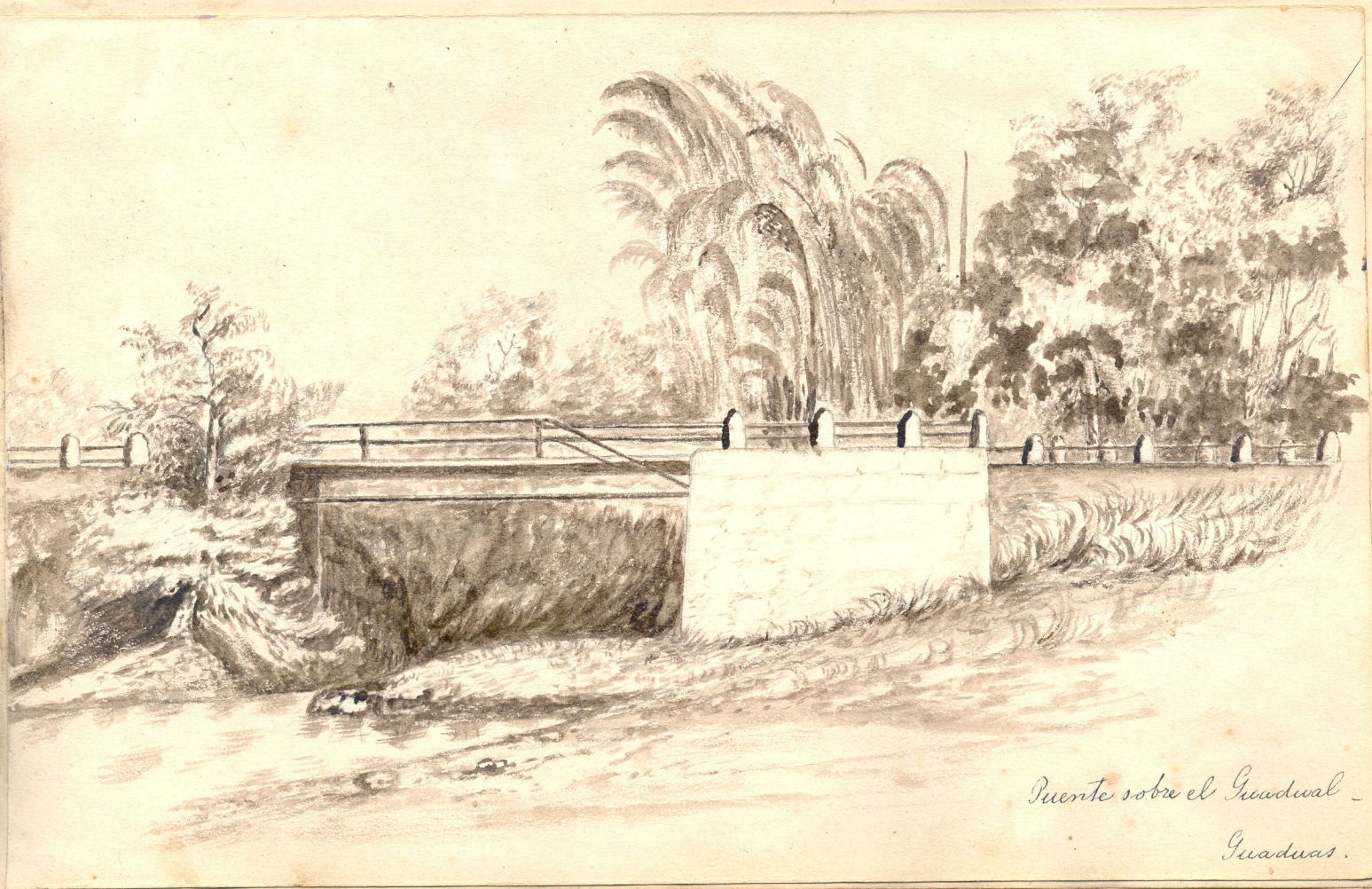
FSAS
007
P2.2

LA VIDA DE DOS MUJERES.

(CUADRO ÌNTIMO)



Puente sobre el Guadual _

Guaduas.

I.

Acababa yo de cumplir diez y seis años; era huérfana de padre y madre, y hacia dos años que vivia con mi abuela paterna; señora anciana, viuda, y ciega hacia muchos años. Esta señora, que jamas habia salido del pueblo de *** en Nueva Granada, conservaba á su lado á dos hijas, viejas ya, solteras y retraidas de toda sociedad.

Estaba yo una tarde al lado del lecho de tia Juana, que vivia siempre achacosa, y á la sazon estaba en cama, cuando oimos tañir tristemente las campanas de la Iglesia del pueblo.

—Esos dobles anuncian la muerte de un hombre, dijo tia Juana.

—Así parece, contestó con su suave y armonioso acento tia Andrea, que estaba sentada labrando detras de las cortinas de la cama, y cerca de una ventana.

—Quién será? repuso la tia Juana, dirigiéndose á mi; ¿por ventura habriaen el pueblo algun enfermo de gravedad?

—No sé, contesté, sólo que fuera Don Ramon....

—Don Ramon! exclamó la enferma, dejándose caer sobre las almohadas. Tia Andrea suspiró, y entónces su hermana levantó la cortina para mirarla; pero no se dijeron, palabra ni se habló cosa alguna durante un largo rato.

Enseñada á la monótona vida en casa de mis tias, y conociendo sus modales poco comunicativos y su seriedad natural, yo tampoco seguí adelante la conversacion. En ese intervalo se presentó en el aposento una criada y me entregó un caldo para que se lo ofreciera á tia Juana. Me acerqué á la cama, y miéntras que

mi tia lo recibia de mis manos, se dirigió á la criada diciéndole:

—¿ Tú sabes por quién doblaron ?

—Por el difunto Don Ramon, contestó, que *pasque* se murió *endenántes*.

—Toma la taza, Pepita, dijo tia Juana; y me devolvió el alimento sin haberlo probado.

—No le gusta ? pregunté;—tome un poquito, añadí con instancia.

—No, dijo ella perentoriamente, ahora no quiero nada.

Enseñada á obedecerla sin replicar no insistí, pero al recibir la taza me pareció que la flaca y pálida fisonomía de mi tia estaba aún más ajada, aunque séria é impasible como siempre.

Al pasar al lado de tia Andrea noté que habia dejado caer las manos sobre las rodillas, y con los ojos fijos en un lejano cerro que se veia por la ventana abierta, no se cuidaba de limpiarse varias lágrimas que humedecian sus mejillas y que parecian rocío sobre una flor marchita.

—Es tan buena tia Andrea, pensé, que aunque no tenia casi amistad con Don Ramon, que era tan orgulloso, no por eso deja de llorarle.

Don Ramon era un caballero de más de cincuenta años, soltero y dueño de muchas tierras en los contornos de ***. Decian que era hombre muy ilustrado y que habia recibido en su juventud una educacion muy esmerada, aumentando su ciencia con la lectura á la cual era muy aficionado. Los que entraban á su casa se hacian lenguas alabando la hermosa libreria que poseia y en cuya compañía se encerraba largas horas estudiando, lo que no le impedia hacer buenos negocios, administrar las haciendas que le habian dejado sus abuelos, y atesorar, segun decian, muchas onzas de oro en la mejor casa del pueblo que era suya tambien. Hombre pacífico, afable, de costumbres severas, aunque chancero y algo despreocupado, era generalmente querido por las gentes del pueblo, y temido de los que querian darse ínfulas. En casa se le veia por una rareza, y eso cuando teniamos algun huésped que el visitara, ó para arreglar algun asunto de linderos entre sus tierras y las nuestras. Hacia muchos meses que Don Ramon estaba enfermo de gravedad, y esa mañana por casualidad me dijeron que habia mandado llamar al cura de la aldea para que le administrase los últimos sacramentos, porque se habia empeorado.

Cuando salí del aposento de tia Juana fuí á buscar á mi abuela, la que, aunque habia tenido reputacion de persona muy severa en su juventud, era entónces más alegre y comunicativa que sus hijas y me consentia muchísimo. Deseaba hablarle de la muerte de Don Ramon y hacerla varias preguntas que se me ocurrieron acerca de ese caballero. La encontré en una pequeña estancia contigua á un patio interior, y parecia tambien haberse afectado mucho con la noticia que le habian dado. No me quiso hacer ningun caso, pero la oí diciendo para sí:

—Pobre Don Ramon! Quién hubiera creido que muriera ántes que yo!

La Iglesia – Guadalupe

Viendo aquella preocupacion jeneral, con motivo de la muerte de un hombre que para mi era casi desconocido, y no pudiendo simpatizar con aquel sentimiento, me salí al corredor exterior y acodándome en el barandal permanecí largo rato quieta y meditabunda. Comenzaba á oscurecer, y un ambiente suave y perfumado me envolvia en una atmósfera de aromas y de vida. Olvidando las penas y tristezas ajenas, escuchaba cantar en mi corazon el gran poema de la juventud que despierta, y bullir la vida y la esperanza en mi sangre y en mi espíritu, á pesar de las ruinas humanas que me rodeaban en aquella casa en que todo era ajado, triste, y monótono.

No sé cuanto tiempo pasaría allí mirando, sin ver, la plaza del pueblo, y escuchando como arrobada las nuevas armonías que cantaban en mi alma mil dulces ensueños con una voz extraña y deliciosa. Cerró enteramente la noche al fin, y empezaba á salir la luna detras del cerro á espaldas de la Iglesia, cuando saliendo al correder tia Andrea se fué á situar á mi lado. Noté que llevaba en la mano un ramo de jazmines blancos, flor que siempre preferia, y única que cultivaba. Ella no habló ni yo tampoco; al cabo de un rato vimos salir de la casa que habia habitado Don Ramon en la plaza á una multitud de gente llevando el féretro, y en seguida dos hileras de luces que se dirigieron á la Iglesia.

—Pobre Ramon! murmuró suspirando tia Andrea. Allí lo llevan y yo no lo ví por la última vez.

Yo la miré sorprendida, y entónces ella añadió, con cierta exaltacion que yo jamas habia notado en ella:

—Hija mía ¿quieres acompañarme á la Iglesia?

—A estas horas! exclamé.

—Si, dijo, no puedo resistir al deseo de volverle á ver.... y no me atrevo á ir sola.

—Haré lo que usted quiera, tia, contesté, pero permítame ir á traerle algun abrigo....

Un momento despues salimos á la plaza, y siguiendo las sombras de las casas y bien embozadas, pocos instantes despues llegamos sin que nadie nos viera á la *Puerta falsa* de la Iglesia, y aguardando á que salieran todos los que habian acompañado al cadáver por la puerta principal, entramos al templo.

La Iglesia estaba perfectamente oscura, ménos el ataud iluminado por cuatro cirios que ardian en torno suyo. Ninguno de los acompañantes habia permanecido al lado del féretro, excepto el cura que estaba hincado, rezando al pié del altar mayor. Paso entre paso, mi tia Andrea se fué acercando al ataúd que estaba destapado; yo la seguí, y entónces ví por la primera vez la muerte cara á cara, y aunque aquello me hizo mucha impresion, no fué tanta como aguardaba.

Don Ramon no estaba desfigurado y parecia dormir. Era un hombre de 55 años y sin que su fisonomía fuera hermosa, debia de haber sido en su juventud bastante expresiva é interesante: la frente era alta y despejada; y aunque las facciones no eran finas, tampoco parecian vulgares y revelaban bondad unida á una voluntad de hierro. Le habian ataviado con sus mejores vestidos, y bajo la incierta luz de las ceras parecia más jóven de lo que era en realidad cuando murió.

Tia Andrea le contempló por el espacio de algunos momentos; y en seguida, inclinándose, púsole sobre el pecho el ramito de jazmines que llevaba en la mano, y al mismo tiempo una lluvia de lágrimas cayó de sus ojos sobre el impasible cadáver.... y alejándose despues de haberle mirado una vez más, se fué á postrar delante de un oscuro altar orando con fervor y llorando por lo bajo. Aquella muda pero tierna escena me tocó hondamente, y arrodillándome al lado de mi tia, la acompañé en sus oraciones, llorando tambien con ella. En la primera juventud, cuando no se tienen penas propias, se llora por las de los demas, pero á medida que se avanza en la vida y se tienen aflicciones propias las agenas nos son ménos sensibles.

Rato despues estábamos nuevamente en casa, sin que nadie hubiese notado nuestra ausencia. Cuando llegó la hora de retirarme á dormir me acerqué á la cama de tia Juana para darla las buenas noches: la ví acostada largo á largo entre las blancas sábanas con los ojos cerrados, pero al acercarme los abrió y creí que parecian más húmedos que de costumbre.

—Buenas noches, hija, me dijo con más suavidad que otras veces....—no me olvides esta noche en tus oraciones, añadió.

En ese momento se acercó tia Andrea y le dijo á su hermana con acento cariñoso.

—Hermana ¿quiere usted que me quede esta noche acompañándola?

—No, contestó la otra secamente; pero en seguida suspiró.

—¿Sufre usted más que ayer? preguntó tia Andrea.

—No.... estoy lo mismo.

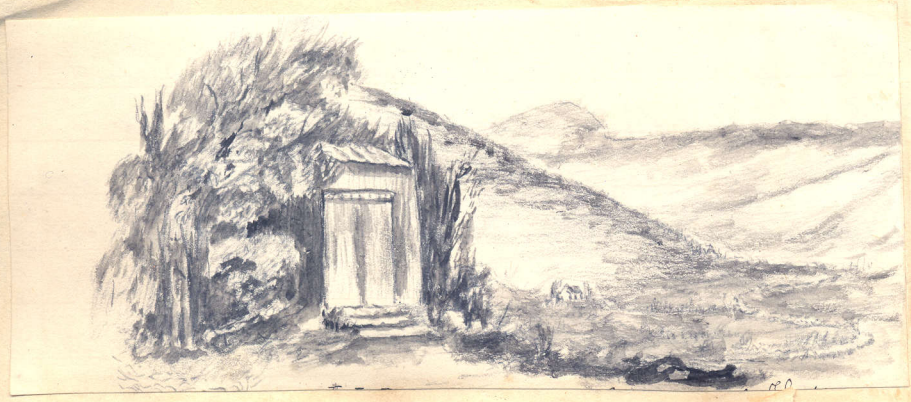
—Pero.... repuso su hermana.

—Quiero estar sola, dijo tia Juana interrumpiéndola con brusquedad é incorporándose y mirándola de hito en hito, añadió:

—¿Porqué se te figura que he de sufrir hoy más que ayer?

—No sé.... pensé....

—Pues no pienses nada, volvió á decirle durante la enferma; hasta mañana, añadió volviéndose hácia el rincon.



II.

Yo tenia mi cama en el cuarto de tia Andrea, dividido del de tia Juana por la sala. La noche estaba calurosa y no tenia sueño, así fué que en lugar de acercarme á mi cama, me senté en una tarima que se hallaba al lado de la ventana enrejada que daba sobre el corredor. La ventana estaba abierta y levantando la vista al cielo le ví nublado, y la luna no daba sino una luz triste y desigual.

—No piensas acostarte? preguntó tia Andrea.

—No tengo sueño, contesté.

—Mucha impresion te ha hecho lo que vimos esta noche? me preguntó.

—Talvez sí, contesté.... era el primer muerto que veia.

—Hice mal, repuso ella, lo confieso, en llevarte á la Iglesia.... pero no pude vencer el deseo de verle por última vez, despues de tantos años de extrañamiento y fingida indiferencia.

Yo la miré sorprendida, y notando ella mi sorpresa añadió:

—No sabias acaso, Pepita, que yo debia de haber sido la esposa de don Ramon?

—Nunca lo habia oido, contesté ¿y porqué pues no se llevó á cabo ese matrimonio?

—Quiéres que te cuente lo que pasó ahora veinte años?

—Mucho se lo agradeceria, tia, exclamé, pues esta propuesta me sorprendia muchisimo, siendo tia Andrea tan reservada, que rara vez hablaba de su persona.

—Pero, dijo ella con embarazo y como arrepentida ya de lo que habia dicho, pero será mejor dejarlo para otro dia.... te dará sueño....

—No, no, contesté, no tengo sueño y es preciso que cumpla lo que ofrece, añadí tomándole la mano, miéntras que ella se sentaba á mi lado y envolvia mi cintura con su brazo y apoyaba su cabeza sobre mi hombro.

—Yo, jamas, dijo, he tenido confianza en nadie, y tú sola al hacerte mujer me lo inspiras....

—Yo tambien, contesté, la quiero á usted más que á tia Juana, que es tan séria.

—Lo sé, repuso, y por eso deseo hablar contigo de mi pasado....

—Y con tia Juana no lo recuerda?

—¿No sabes que es tan rígida y poco comunicativa?

—Y con mi abuela?

—Ménos!.... cuando te refiera la historia de mi triste vida encontrarás que con ella me seria imposible hablar del pasado.... En cuanto á mi hermana, ella siempre me ha mirado como á inferior y piensa que mi entendimiento no está á la altura del suyo.. Pero en esto es cierto que no se equivoca: yo no tengo talento, ni he leido, ni he estudiado en esos librotes que á ella le han gustado.... Sin embargo si á veces es brava y me ofende, tengo de perdonarla al ver que sufre tanto y es tan enferma. En casa todos la preferian por ser la mayor y la más inteligente. Tú sabes que mi padre recibió en sus primeros años muy poca educacion, y como el único hijo hombre (tu padre) que le ayudaba en sus negocios se ausentó desde muchacho y se fué á establecer á otra parte, mi hermana le ofreció ayudar en sus cuentas, y en breve se convirtió en su mano derecha; no se cansaba mi padre de elogiarla por lo juiciosa y reservada que era desde niña. Le llevaba los libros y con ella consultaba cuánto hacia, sirviéndole muchísimo. Cuando Juana cumplió veinte años yo tenia trece, y era una niña aficionada á jugar á las muñecas y divertirme en la huerta con otras compañeras de mi edad; no se habia logrado que me aficionase al estudio, sufriendo castigos en la escuela, lo que me causaba mucha aflixion, volviendo á casa bañada en lágrimas, pero sin intencion de enmendarme. Por aquella época llegó á N*** don Ramon, quien despues de haber vivido siempre en Bogotá, quiso venir á radicarse en sus tierras y velar de cerca sus intereses. Aunque tenia más de 30 años, Don Ramon era hombre elegante y se manifestaba siempre amable con las mujeres, aunque le tachaban de altanero y orgulloso con las gentes del pueblo. A poco de haber llegado aquí empecé á verle con fre-

cuencia en casa, y supe que le habia llamado mucho la atencion el inculto talento de mi hermana, á quien empezó á prestar libros, darle consejos en sus estudios, enseñarle frances, acabando como era natural por prendarse de ella. Juana no era hermosa, pero tenia ojos muy vivos, dientes blanquisímos, boca agraciada y sobre todo, mucho juicio y buena conversacion. Don Ramon, que deseaba tener un hogar arreglado, en breve concertó matrimonio con mi hermana, cosa que llenó de orgullo y alegría á mis padres que creian establecerla muy bien con el hombre de más consideracion de estas comarcas. Aunque al principio yo le tenia recelo y no me atrevia á acercarme al novio de Juana, él me trataba con tanto cariño y me regalaba con frecuencia dulces y manzanas de las que le traian de Bogotá, que al fin fui adquiriendo confianza y haciéndome muy amiga suya, y le aguantaba sin alterarme sus chanzas acerca de mis estudios y percances y afanes en la escuela.

Aunque el matrimonio con Juana estaba enteramente arreglado, no se habia fijado más fecha sino para cuando se acabara de edificar la casa de don Ramon, que es la que conoces, y en donde murió. En el entretanto sufrió Juana una enfermedad muy grave que le duró muchos meses, y de ella digeron los médicos que jamás volvería á recuperar su salud por completo, y efectivamente, desde entónces padece ataques que la postran en la cama durante semanas y hasta meses como has visto. El fallo de los médicos contrarió sobre manera á Don Ramon, que tenia por máxima, que la cualidad más apreciable en una esposa era la buena salud, sin la cual no podia haber, decia él, ni sombra de felicidad en el matrimonio. A la verdad, don Ramon no estaba enamorado de mi hermana y lo que habia buscado en ella era su inteligencia, buen sentido y honradez de su familia, cualidades que creia le formaran un hogar tranquilo y una vida honorable. Aquella malhadada enfermedad produjo en él suma desazon é intranquilidad de espíritu, yendose al fin para Bogotá á pasar una temporada con un hermano casado que vivia en la capital. Aunque todos habian notado el resfriamiento de don Ramon, nadie se atrivia á decirlo y ménos que todo, mi hermana, que no llegó á manifestar el menor disgusto ni queja. A pesar de mi poca inteligencia y corta edad, nada de esto se me habia escapado, y un dia me convencí de lo mucho que sufria la pobre Juana con la cruel indiferencia de don Ramon, porque me encontré un papel que ella habia escrito, en el que se lamentaba con sentidísimas palabras del abandono del hombre á quién ella amaba, y por quien tenia una admiracion sin límites. En tanto que sucedian estas cosas, se habian pasado los años, y yo habia crecido haciéndome mujer, aunque no dejaba de ser bastante juguetona y poco estudiosa. Cuando cumplí quince años empezé á oir decir que era bonita, cosa que me repetía el espejo cuando le consultaba... esto lo digo, Pepita, no por presuncion, sino porque han desaparecido de mi fisonomía ajada hasta las huellas de una belleza que se marchitó pronto, merced á la triste y monótona vida que he llevado desde entónces.

—

Tia Andrea guardó silencio por algunos momentos é iba á continuar hablando, cuando de repente entró por la ventana abierta un murciélago, el que, despues de dar dos ó tres vueltas volando en torno del aposento fué à golpear contra la vela que habiamos puesto sobre la mesa. Yo me puse de pié para salir á encenderla, pero mi tia me detuvo diciéndome:

—No te vayas, Pepita, prefiero la oscuridad para seguirte refiriendo lo que tengo de decirte.. despues iré yo misma á encenderla al aposento de Juana, que siempre deja luz.

Y en seguida continuó su relacion.

—Te decia, querida Pepita, que yo era bonita, y así era la verdad: mucho más blanca que mi hermana, tenia los ojos más grandes y claros, la boca pequeña, el pelo rubio, ondeado y muy largo, ademas tenia buen cuerpo y aspecto siempre animado y alegre.

Habia permanecido don Ramon en Bogotá muchos meses, y el dia en que volvió á N*** habia yo estrenado un traje de muselina blanca, y como se usaba entónces, llevaba los brazos descubiertos y cubríame el pecho un pañuelo blanco tambien, entre la parte superior de las trenzas habia puesto un ramito de jazmines estrellados, y así vestida salí á la sala en el momento en que entraba á ella don Ramon y se estuvo de pié á la puerta mirándome sin hablarme; yo me sonrojé y bajé los ojos ante los suyos.

—Andreita, me dijo al fin alargándome la mano, ha crecido usted tanto y embellecido que casi no la conocí. ¡Y hasta bonitas manos y aristocráticas tiene! añadió guardándo una de las mías entre las dos suyas. Yo permanecia callada y sumamente turbada y él añadió:

—Cuántos años tiene usted, pues?

—Pronto cumpliré diez y seis, contesté arrancando con dificultad mi mano que aún tenia en las suyas y no queria soltar, y bajo pretexto de avisar su llegada á mi madre y hermana, salí corriendo de la sala.

Sin embargo, yo no me cuide de llamarlas sino que me senté detras de unos granados, bajo un emparrado de jazmines que habia en el primer patio, y llena de orgullo con los elegios de don Ramon, me puso á mirarme las manos como sino las hubiese visto jamas.

—Y si Juana lo ha oido, pensaba, pues estaba en la alcoba, se disgustará.... ¿Pero no será mi hermano?.... Qué voz tan dulce tenia y que mirada!.. "¡Y hasta bonitas manos y aristocráticas tiene!" decia yo en voz baja, repitiendo sus palabras á media voz.... seguramente don Ramon se acordó de las de Juana, que son negras y flacas!

No quise volver á la sala, pero lo estuve oyendo hablar por la rendija de la puerta de mi cuarto, y desde ese dia cuidaba muchisimo mis manos y pensaba sin cesar en el novio de mi hermana; aunque me iba cuando oia que se acercaba á la casa, y si acaso permanecia en la sala, Juana buscaba siempre algun pretexto para alejarme. Yo salia, pero me situaba en algun lugar de donde le pudiera ver y oir sin ser vista, notando que cuando yo no estaba presente conversaba con distraccion y con los ojos parecia buscar alguna cosa que le faltaba, manifestándose animado y satisfecho si por casualidad me presentaba.

La pobre de mi hermana en breve descubrió lo que pasaba en su corazon y en el mio y cada dia se manifestaba más triste é impaciente. Habia momentos en que fijaba en mi los ojos con indecible pena. Al fin era preciso que esta falsa situacion tuviera término.. Un dia, estando yo en la alcoba escuchando la conversacion de Juana con don Ramon, que estaban solos, oí que ella le decia con voz un tanto turbaba:

—Ramon ¿no es cierto que soy una mujer muy inutil y enferma?

—Y no recuperará de véras su salud? preguntó él.

—Talvez no.

—Qué desgracia! exclamó él suspirando con desaliento.

—Lo siente usted por mí? preguntó ella con ironía.

El no contestó.

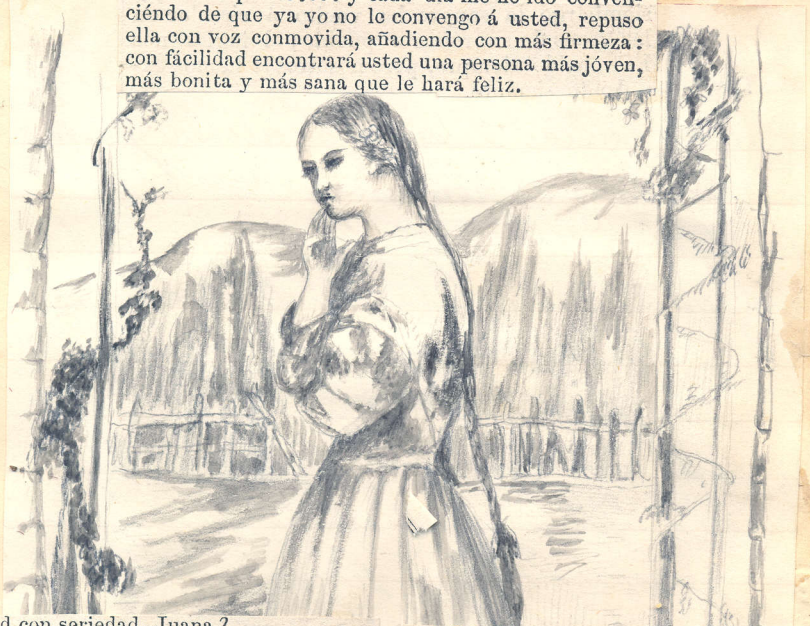
—A usted no le conviene una mujer como yo, repuso ella con acento ronco por las contenidas lágrimas.

Sin decir una palabra él se puso á dar golpecítos con su baston contra la mesa. Comprendí que ella se habia puesto de pié al decir:

—Ramon.... le devuelvo su palabra y su libertad.... No crea, añadió, que pretenda obligarle á cumplir un compromiso hecho en otro tiempo en y otras circunstancias....

—No diga cosas que no piensa, contestó él con frio acento.

—Sí las pienso.... y cada dia me he ido convenciéndo de que ya yo no le convengo á usted, repuso ella con voz conmovida, añadiendo con más firmeza: con fácilidad encontrará usted una persona más jóven, más bonita y más sana que le hará feliz.



—Habla usted con seriedad, Juana?

—Yo siempre hablo con seriedad, contestó ella.

Es decir, dijo él, que usted, con entera voluntad anula nuestros compromisos?

—Sí, los anulo y rompo, exclamó ella con exaltacion, y le aseguro que de hoy en adelante no quiero ser para usted sino una amiga.... una hermana talvez, añadió en voz baja, volviéndole la espalda y caminándo hácia la alcoba en donde yo estaba.

—Juana! dijo él llamándola; Juanita, escuche usted! pero no pudo ocultar su gozo, pues su acento era de alegría.

Ella lo comprendió así probablemente, porque sin quererle responder empujó la puerta del aposento, y entrando en él se tiró sollozándo sobre la cama, miéntras que yo salia sin que me viese por la puerta que da al patio.

Esquina de la casa

III

Más roja que una flor de granado, sumamente conmovida y sin atreverme á meditar en las consecuencias que podira tener para mí el rompimiento de mi hermana con don Ramon, fuíme á esconder en mi sitio favorito, bajo el emparrado de jazmines.... Al cabo de un momento oí que se acercaban pasos acelerados y quiese huir sin saber porqué, pero la voz de don Ramon, pronunciando por lo bajo mi nombre me clavó en el sitio.

—Ya estoy libre, querida Andrea! dijo él acercándose, y mirándome con ternura añadió: sí, ya puedo amarla á las claras y sin remordimiento!

—Libre de amarme! repetí como un eco, mirándole turbada.

—Sí, Andrea, contestó él, y esto no puede sorprenderla, puesto que hace dias que sin hablar nos comprendiamos ¿no es cierto?

Yo bajé los ojos que se me llenaron de lágrimas y empecé á temblar.

—Yo sé que usted me ama, añadió ¿Quiere ser mi esposa y hacerme el más feliz de los mortales?

—Y Juana? dije.

—Ella misma me acaba de decir que renuncia á su enlace conmigo, y que anula nuestros compromisos, por eso le decia que estaba libre.

—Y qué dirán mis padres?

—Darán su consentimiento sin inconveniente.

Traté de contestarle pero no pude, y temblando me dejé caer sobre la viga que me habia servido de asiento cubriéndome la cara con las manos. El se sentó á mi lado y descubriéndome la cara con dulce violencia, dijo con una voz tan dulce que nunca he olvidado:

—Andrea, ángel mio, mi precioso y blanco jazmin, dígame que no se opone á ser mi esposa.... Creame, Juana es exelente y un modelo de virtudes, de talento y de juicio, pero jamas la amé como á usted, la ternura que me inspira es inexplicable, y nunca la he sentido por ninguna mujer.... Yo sé que mi Andrea me corresponde, así dígame con los labios lo que tantas veces he leido en sus lindos ojos.

No sé qué le contesté y estaba tan turbada que jamas pude recordar lo que le dije, pero seguramente seria lo que queria don Ramon, porque apretándome la mano con ternura y llevándosela á los labios me dijo:

—Gracias, gracias, ángel mio! En este momento iré á buscar á su padre para darle parte de lo que ha sucedido.

Al decir esto se alejó y una média hora despues me llamó mi madre á la sala, preguntándome delante de mi padre y Ramon, si en realidad yo estaba pronta á aceptar la mano de ese caballero.

—Y qué, añadió mi madre con enojo, hasta ahora poco rato era el novio de tu hermana.

—Señora, dijo Ramon, la señorita Juana misma y con su entera voluntad anuló nuestros compromisos..

—Tiene razon, don Ramon, añadió mi padre que era un hombre pacífico y enemigo de disputas, Juana renunció volunturiamente á la mano del caballero; ¿qué culpa tiene Andrea y porqué echárselo á ella en cara?

—Yo me entiendo, repuso mi madre, pero lo que queremos saber ahora es si Andrea acepta el cambio de parejas.

Chocada con el jiro que tomaba la pregunta bajé la cabeza y no contesté.

—Hija mia, dijo mi padre con ternura, responde sin temor si aceptas la mano que don Ramon te ofrece.

—Si su merced, padre, no tiene inconveniente y si mi madre tampoco lo tiene, haré su gusto y el mio.

—Esto se llama hablar! exclamó mi padre quién no habia visto gustoso el matrimonio de la hija que más falta le hacia y aceptaba complacido el cambio. Y para decir verdad, añadió Juana hizo muy bien, porque el estado de su salud no es propio para el matrimonio.

Creí necesario hablar aquella tarde con mi hermana á solas; la encontré en su aposento sentada en una silleta baja, al parecer leyendo, pero noté cuando levantó los ojos del libro que los tenia colorados. Yo me senté frente de ella y le dije:

—Hermana, vengo á darle parte....

—¿ De tu matrimonio con don Ramon ? dijo ella interrumpiéndome; ya lo sabia. Y fijó los ojos otra vez sobre el libro.

—Queria tambien decirle, repuse, que si este casamiento no es de su gusto.... no se hará, aunque se me despedaze el corazon.

Noté que le tenblaban los labios y que se inclinaba para ocultar su agitacion; pero haciendo un esfuerzo para afirmar su voz me contestó:

—Mi madre me habia ya dado cuenta de lo que pasaba.... y como don Ramon se comprometió con tigo apénas se vió libre.... es decir, apénas rompí yo con él.. Ademas, me dijo que tú no habias vacilado en aceptar su mano.

—Así fué, dije, pero siempre que tú no te opongas á ese proyecto.

—Yo oponerme! exclamó, fijando en mi su mirada desdeñosa. No se te figure que él me abandonó por tí.... no, yo, yo misma le notifiqué que renunciaba su mano.

—Así fué, contesté, y celebro que no tome á mal que yo ocupe su lugar.

—Encontrarás, Andrea, repuso con creciente desden, el campo enteramente libre; pero te advierto que aunque seas más jóven, más bonita y más amable que yo, nunca serás la compañera de su pensamiento, no lo creas! Jamas podrás distraerle con tu conversacion, porque bien sabes que eres ignorante y poco inteligente.

—Todavía soy muy niña, respondíle un tanto chocada, así tendré tiempo de instruirme y pueda ser que cuando llege á contar tantos años como usted no sea tan ruda é ignorante como ahora. Por otra parte, añadí levantándome, apesar de mis defectos y falta de inteligencia, yo le gusté así más á don Ramon que usted con toda su sabiduría.

Al acabar de hablar me salí de muy mal humor, pero apénas estuve fuera, me pesaron mis palabras hasta el fondo del alma y resolví no volverme nunca á dejar llevar por un sentimiento indigno de mí. Nunca volvimos á tener mi hermana y yo la menor reyerta con motivo de este tan delicado asunto: ella era demasiado orgullosa y reservada para manifestarse celosa y yo estaba, al principio, demasiado feliz para no tenerle conpasion á ella que no habia logrado conservar *su* corazon.

Don Ramon iba á casa diariamente y cuando yo le oia conversar con tanta gracia y talento no podia ménos que enorgullecerme al pensar que aquel hombre, cuyos conceptos eran leyes para todos los habitantes del pueblo y cuyo mérito era apreciado en Bogotá, que aquel caballero tan importante é ilustrado se habia fijado en mi! Naturalmente Juana no se presentaba ya en la sala á las horas en que él nos visitaba, pero él ni cayó en cuenta ó le fué indiferente aquella circunstancia. Mi madre, que se habia manifestado enojada con la conducta de don Ramon, como te referí, jamas permitia que él hablase conmigo á parte y

nunca perdia la ocasion de decirle alguna cosa desagradable, esto lo sufria él sin querer hacer alto en ello; pero yo comprendia que el tono agresivo de mi madre le disgustaba sobre manera, y que tenia que hacer un esfuerzo para no estallar. Sin embargo era feliz y estaba satisfecha con la persuacion de que todas sus palabras eran dirigidas á mí y llevaba mi recuerdo todos los dias bajo la forma de un ramo de jazmin, cuya blancura, me habia dicho, y su perfume virginal eran la imágen de mi humilde persona.... en cambio me dejaba el recuerdo de su mirada, iluminando con ella mi espíritu hasta el siguiente dia.

La casa de Ramon (cuya conclusion no habia activado nada durante los últimos meses de su compromiso con Juana) marchaba ya á toda prisa, y todos los albañiles y artesanos estaban ocupados en ella, en tanto que yo cuidaba con el mayor esmero un pié de jazmin que tenia preparado para sembrar en el patio principal de la casa nueva como un dulce recuerdo para lo porvenir.... Un ramo de ese mismo arbusto, que jamas salió de esta casa, fué el que puse esta noche en aquel ataud!.... Así, hija mia, concluyen la mayor parte de los proyectos de los hombres.. Pero no anticipemos....Miéntras que Ramon activaba la obra de la casa yo procuraba instruirme y estudiaba cuanto podia con el objeto de rivalizar á Juana, pero fué en vano, porque ademas de que los libros me fastidiaban para decir verdad, muchas veces no entendia bien lo que leia ni tomaba el menor interes en ello. Le habia suplicado á Ramon que me enseñara frances, prestándose él con gusto á mi deseo, pero en breve nos cansamos ámbos, porque por una parte él veia que el estudio me costaba mucho trabajo, y por otra yo me sentía humillada al encontrar que Juana habia aprendido aquello y mucho más sin la menor dificultad. Pero á pesar de todo, Ramon tenia conmigo las mayores consideraciones y me manifestaba el cariño más tierno. Lo único que turbaba á veces mi tranquilidad era la evidente antipatía que habia entre mi madre y Ramon el que soportaba cada dia con ménos paciencia las frecuentes descortesías que mi madre usaba con él. De resto, mi novio era naturalmente altanero y orgulloso con todos, ménos conmigo, tratando á los miembros de mi familia con cierto aire de proteccion, que no siempre disimulaba, pero sin permitir nunca la más leve familiaridad ni confianza con él ; esta conducta me humillaba y dolia muchas veces, recordándome lo que contaban de los grandes Señores del tiempo de la colonia, y del modo como trataban á los vecinos pobres de sus pueblos.

Pocos meses despues de mi compromiso con Ramon, nos anunció que la casa estaba enteramente concluida, faltándole tan solo la pintura, los muebles y otros enseres necesarios que debian traerse de Bogotá para que el nuevo menaje empezara con toda la decencia y buen gusto posibles. En casa me habian preparado un modesto ajuar que me parecia el colmo del esplendor. La boda se debia celebrar al principio del siguiente año y al regresar Ramon de Bogota. Un triste presentimiento me hacia mirar con desconfian-

za aquella ausencia, y todos los dias hallaba nuevos pretextos para impedirle la partida, á pesar de que siempre, cuando lograba hablarme á parte, me decia que no fuera tonta, porque miéntras más pronto pudiera hacer el viaje más pronto regresaria.

Al fin me avisó que el 17 de setiembre (¡bien recuerdo la fecha!) partiria sin falta. Como yo deseaba hacerle algunas recomendaciones á solas y á él le sucedia otro tanto, le propuse que la víspera de su partida fuera á casa á una hora inusitada y que le saldria á recibir á la sala y así lograr hablar con él ántes de que llegasen los demas.

Callóse tia Andrea como para recoger sus recuerdos.... La luna que habia estado oculta entre las nubes se dejó ver por un momento, y sus blanquecinos rayos iluminaron la ajada fisonomía de tia Andrea, la que, inspirada por su pensamiento retrospectivo habia tomado tal expresion, que por un instante creí volver á verla de 16 años, tal como se habia descrito ella misma. Pero aquella ilusion duró el espacio de un segundo, y la luz se volvió á perder tras el cortinaje de negros nubarrones.

Ella continuó su relacion.

—No le esperaba tan temprano, dijo suspirando, así no habia salido aún á la sala, sino que sentada aquí mismo me dejaba llevar por mis pensamientos y no vi que Ramon llegaba hasta la puerta misma de la alcoba, y viéndome tan distraida, se acercó de repente y tomándome la mano con cariño se sentó á mi lado, en esta misma tarima, y empezó á conversar de sus esperanzas y á explicarme cómo seria nuestra vida matrimonial, preguntándome lo que deseaba me trajera de Bogotá.... Yo le escuchaba encantada y oia su voz como si fuese la música más deliciosa. Pero de improviso rompió el silencio una voz dura y estridente y levantando ambos los ojos vimos á la puerta de la estancia á mi madre, la que, con aire iracundo exclamaba:

—Qué es esto, don Ramon! Cómo se atreve usted á entrar al aposento de mi hija sin mi consentimiento y hablar con ella á sólas?

—Señora!.... contestó peniéndose de pié mi interlocutor y palideciendo.

—No me explique usted, gritó ella, el procedimiento de usted es indigno del que se precia de ser un cumplido caballero!

—Señora, repuso Ramon, ¿En qué le he faltado á usted ó á su hija?

—Ya le he dicho á usted que no me replique, sino que al momento salga usted de ese aposento, gritó mi madre más y más furiosa.

Ya Ramon no estaba pálido, sino lívido y trémulo de rabia, y tomando el sombrero que habia puesto sobre una mesa al entrar, dijo con supuesta serenidad:

—Señora doña Maria.... Oigame usted por la

Esquina de la plaza - Cabildo
y antiguo Convento Franciscano
Guaduas.

postrera vez, pues esta será la última en que ponga mis piés en la casa de usted: sepa usted, señora, que me ha ofendido en lo más sensible de mi alma, usted olvida que esta no es la manera de dirigirse á un caballero como yo. Así, repito que no solamente saldré de este aposento, sino tambien de la casa para siempre....

Y sin añadir cosa alguna, ni mirarme siquiera, se fué. .. se fué de mi casa para no volver á ella sino diez años despues á hablar de un negocio de linderos de sus tierras con las nuestras....

Aquel dia yo me quedé anonadada y mi madre se sintió tan confusa que olvidó reconvenirme. Mi padre no estaba en el pueblo y cuando volvió y supo lo que habia sucedido, reconvino á mi madre por su exesiva severidad y se fué inmediatamente á buscar á Ramon, pero ya no le halló y le dijeron que habia partido para Bogotá, dejando una carta para mi padre, en la que explicaba lo que habia sucedido, añadiendo que no siendo ésta la primera vez que mi madre le trataba mal, con esta reconvencion tan injusta habia puesto el colmo á su poca prudencia, avergonzándole delante de su futura esposa y humillando su amor propio, por consiguiente se le patentizaba que él jamas podria hacerme felíz, porque veia la imposibilidad de guardar armonía con mi madre. Ademas comprendia que su carácter era demasiado independiente para hombre casado y que deberia renunciar definitivamente al estado matrimonial.

—Tia, le dije, me parece invesosímil que esto concluya así! Y cuando regresó don Ramon de la capital, qué hizo?

—Nada.... Permaneció seis meses ausente.... Seis meses que fueron para mí los más amargos de mi vida! A medida que se pasaban los dias sentia más y más el peso de la ausencia, y se me patentizaba lo imposible que seria una reconciliacion; y el desengaño, el desaliento y la tristeza se apoderaron de mi corazon y reinaban en mi alma dia y noche. Sinembargo, habia dias en que se me figuraba oirle entrar repentinamente á la sala, y corria desalada á recibirle.... otras soñaba verle á mi lado como en otro tiempo, amable, tierno y bondadoso. Pareciame como si me llamara en el corredor y salia á él llena de esperanza para encontrar que el viento silvaba entre las flores y que todo estaba para mí lúgubre y solitario. Con frecuencia despertaba llorando porque habia soñado veerle pasar á mi lado frio, indiferente é impasible, ó creia que le oia conversar con alguna elegante jóven de la capital mofándose de la provinciana á quien habia abandonado.

Durante aquella ausencia de Ramon tuvimos el dolor de ver morir á nuestro padre, y entónces recibimos una carta de mi antiguo novio dándonos un ceremonioso pésame dirigido á toda la familia. En seguida partimos para la hacienda del Chamizo á pasar algunos meses y durante ese tiempo no tuve la menor noticia de Ramon, ni me atrevia á preguntar por él á los que nos iban á visitar.

Se habia pasado un año despues de nuestra separacion cuando el primer domingo, despues de nuestro regreso al pueblo, estando en la iglesia oyendo misa le *sentí* pasar cerca de mí y sentarse en un escaño no léjos de nosotras; pero sus ojos no me buscaron y su frente permaneció serena, y aunque á mí se me llena-

ron los ojos de lágrimas y temblaba de angustia, el no me miró una sola vez....y ni entónces ni jamas su mirada se cruzó con la mia....así pasaron dias, semanas, meses y años.

Tuve varios pretendientes jóvenes y de aventajada posicion, pero no pude aceptar ninguno, porque comprendia que en aquel combate conmigo misma áun) que al fin me habia resignado) mi corazon guardaba una tumba cerrada, y no era capaz de tener la menor ilusion, suficiente energía para despertar la perdida esperanza, ni recalentar afectos imposibles. Ademas, despues de haber tratado á don Ramon con alguna intimidad, todos los demas hombres me parecian tontos y fastidiosos.

—Pero tia Andrea, exclamé ¿ qué derecho tenia este hombre para apoderarse así del corazon de una mujer para abandonarle ?

—En eso no le culpes, puesto que jamas supo lo que en mí pasaba. Yo sé que él decia que la mujer que más afecto le habia inspirado habia sido yo, pero que no se encontraba con suficiente valor moral para sufrir una suegra como mi madre.

—Es tarde, hija mia, añadió, y bueno será que te acuestes.

—No, contesté, no, querida tia,-permítame preguntarle qué decia á todo esto tia Juana.

—Nunca hizo la más leve observacion.

—Y mi abuela ?

—Tampoco....salvo aprovechar toda coyuntura para reñirme cada vez que rehusaba una propuesta matrimonial. Como te he dicho ella jamas perdonó á don Ramon el desaire hecho á su hija favorita, y se vengaba en mí del procedimiento de mi ex-novio. Yo tenia, pues, que tragar mis penas sola y en silencio y desde entónces mi vida ha sido triste monótona, pero no desgraciada.....Quizás Dios me salvó de otras amarguras, y casada con un hombre altivo y poco sufrido mi existencia á la hora de esta seria mucho peor. Ademas réstame un consuelo que no puede tener Juana, y es el de haber sido amada por el que fué novio de ámbas, y esta idea me ha servido de alivio en mis penas. Por último y para que estas confidencias tengan para tí un fin moral y te sirvan de leccion, te diré que de esta relacion se desprende que se comete una grave falta con uno mismo y con los altos designios de Dios el fundar la felicidad de la vida entera en el corazon de algun ser humano....La generalidad de los hombres no se detiene ante la desgracia de alguna desdichada mujer si se interpone algun arranque de orgullo ó de amor propio ofendido. Es cierto que en el corazon masculino hay ménos sensibilidad, abnegacion y constancia que en el nuestro, y si son capaces de manifestar pasiones más fuertes, por lo mismo éstas duran ménos y tienen ménos fijeza.

—

Cuando tia Andrea hubo dicho estas últimas palabras se dirigió á tientas á buscar la vela é ir á encenderla al cuarto de su hermana. Yo me quedé sola, pero viendo al cabo de un momento que se tardaba en regresar y presa de aquel miedo sin causa conocida que se siente en la primera juventud, salí del aposento en busca suya. Hallé á mi tia de pié á la puerta del cuarto de su hermana, mirando á esta que se habia levantado de su cama y postrada al pié de un

crucifijo parecia orar llorando por lo bajo. En el momento en que me acercaba al dintel de la puerta, tia Juana, dando un gemido, cayó postrada sobre la alfombra, y presa de un accidente nervioso que solia darle, perdió el sentido. Miéntras que tia Andrea salia á pedir auxilio fuera yo me quedé con el cuerpo inanimado de tia Juana. Noté que apretaba convulsivamente entre las manos un papel que logré quitarle y guardar en las mias, para leerle en seguida pues la historia de tia Andrea habia despertado en mí una inmensa curiosidad y deseaba indagar los sentimientos íntimos de la pobre tia Juana.

Al dia siguiente enterraron con mucha pompa á don Ramon y sus herederos vendieron la casa, y sus fincas pasaron á manos extrañas.

Tia Juana estuvo tan gravemente enferma que temimos muriera; sin embargo no fué así, pronto se mejoró, y vivió muchos años despues, pero jamas volvió á hablar de Don Ramon.

Olvidaba decir que el papel que le habia quitado á mi tia la noche de su desmayo resultó ser una fria y exigua carta, sin duda la última que le escribiera don Ramon, pocos dias ántes de romper con ella; única reliquia que le habia quedado probablemente del hombre que habia hecho su desgracia y la de su hermana.